

¡Caramba con Eduardo!

Por la participación que tuvo en la confección de la mayor parte de esta obra, llamada a perdurar en los anales alcazareños, por las preocupaciones que le originara y los esfuerzos realizados para llevarla a cabo, se considera obligado reproducir en éstas páginas la semblanza que se dedicó a Eduardo Mata Maderuelo en el momento de su muerte súbita en el mes de Mayo último.

Pitos y él fueron los dos pilares en que me apoyé más firmemente. Desaparecidos ambos cuando menos se esperaba se queda uno sin saber como guardar el equilibrio, pero no es posible retroceder y hay que seguirles aferrado a su recuerdo hasta el final de la jornada. No por muertos les vamos a abandonar. Lo que sea de uno será de todos y las generaciones futuras tendrán noticia por lo que valiere de quienes se esforzaron por dejarles rayos de luz que amortigüen las tinieblas de su camino y sobre todo ejemplo de buena fe, de confianza y de generosidad en la maniobra.

Durante muchos años he mantenido con él comunicación diaria y más bien múltiple que unitaria, pero sin vernos jamás, con recados, con notas volanderas o con llamadas telefónicas, porque la imprenta es una cosa que sofo-ca mucho a quien se mete en ella, pero él tenía esa pachorra defensiva que caracteriza a los enfermos que sienten en su interior la única posibilidad de ir tirando y procuraba no alterarse.

Muchas veces le daba quejas, muchas. Y él, sin afirmar ni negar, sin comprometerse a nada, decía:

—Usted tranquilo, usted no se sofoque.

Y me conformaba con alguna promesa que no cumplía y daba lugar a nuevas llamadas y protestas. Hacía como los sastres que en lugar de meterles a las mangas la pizca que les sobra, cuelgan la chaqueta en la percha y al día siguiente dicen que ya está. Esas composturas de percha me las hacía cada dos por tres.

Como se hinchaba de alguna parte cada día, se quedaba “arriba” con frecuencia y allí se amparaba mejor. Nunca le ví como enfermo porque eso